

Huellas sobre la arena húmeda

Leonid Panásenko

El escritor norteamericano Ray Douglas Bradbury goza de gran popularidad en la Unión Soviética. Más de veinte veces se han editado sus libros en ruso y en otras lenguas de los pueblos de la URSS. Muchos de sus cuentos han sido publicados en diversas ediciones periódicas literarias soviéticas.

Leonid Panásenko, joven escritor ucraniano de ciencia-ficción (nació en 1949), menciona a Bradbury entre sus autores más preferidos.

A continuación publicamos el cuento que Leonid Panásenko ha dedicado al 60 aniversario de Ray Douglas Bradbury.

Las mañas del productor comenzaban a ponerle rabioso.

¡No! -dijo tajantemente Ray Douglas Bradbury-. No acepto su variante... No quiero perjudicarme. Al contrario, yo cuido de mi reputación.

La voz del productor envolvía el auricular del teléfono; de repente el auricular se volvió escurridizo como una víbora, y el famoso escritor tuvo ganas de tirarlo al diablo.

—Se trata de un episodio muy pequeño, señor Bradbury -susurraba insinuante el auricular.

—Imagínese que un cuento es como un niño, según se dice a menudo -notó con angustia que el enojo destruía la metáfora-. Un niño simpático y fortachón de unos cinco o seis años. Y tiene de todo: manos y pies, es un niño armonioso. Dicho episodio es como una mano que tiene en el puño el hilo del carácter. ¿Y por qué voy a mutilar a mi propio niño?. .. ¿Lo pensará? Bien.

El escritor condujo la bicicleta a la pista, tocó la palanquilla del claxon. Sonidos finos y fríos refulgieron como gotas de rocío sobre los arbustos no podados hace tiempo.

—Eh, ¡que se vaya la angustia! —exclamó y, al poner el pie en el pedal-estribo, montó de un salto el caballo imaginario.

Silbó extasiado el viento. Los radios de las ruedas refulgieron y se disolvieron en el espacio. Las gomas se aplastaron contra el suelo.

Al recorrer unos trescientos metros, Ray disminuyó la velocidad: no, ya no lograría despegar, no lo lograría. Pero antes sí podía: tomaba impulso en un prado o en el monte que se encontraba cerca de la cantera, cuesta abajo, aceleraba, cerraba los ojos, y su cuerpo se elevaba, ligero, con la bicicleta, y se le agitaba el cabello... ¡Eso fue!

Se le pasó la rabia que había sentido contra el productor. No es un hombre torpe, pero sí pesado, o más bien fastidioso. Tal vez tenga alguna idea sobre la fuerza de la razón, pero ¿qué puede saber de la fuerza de la pasión?

La bicicleta, como un caballo que conoce el camino, lo trajo hacia el río. Allí Ray paseaba a menudo. La orilla en declive, la arena húmeda y pesada como los malos recuerdos, el agua taciturna. Así estaba todas las mañanas. Pero hoy el sol quizá se haya equivocado de vestuario: en lugar de un vestido de octubre, forrado de neblina, telaraña y rocío frío, se ha puesto el de julio; y el río irradiaba placer y murmuraba algo cariñoso e ininteligible. Por ambos lados del río se abrieron las lejanías despejadas, y se oía el caer de las hojas.

“¿Y yo qué sé de la pasión? —pensó el escritor-. Yo veía en ella sólo un principio eviterno. Todo el mundo, el hombre, todo lo vivo constituyen sin duda manifestaciones de la pasión. Huelga decir que la propia vida como fenómeno es la pasión de la naturaleza. Pero existe otra

cara de la moneda. . . Yo creo mundos imaginarios. Y eso es tal vez la materia más fina de la pasión. Pero yo, lamentablemente, me consumo. Qué absurdo: generando una cosa, la pasión consume la otra. Es la ley de la conservación de la pasión". . .

Y además pensó que para disipar la angustia, sería bueno marcharse. A alguna parte. Muy lejos.

Echó una mirada al cielo. El cielo respiró, y a lo largo del río susurró un aguacero.

—Douglas—lo llamaron en voz baja.

El escritor se volvió rápidamente.

¡Nadie!

La orilla estaba desierta, y el bosque, lejos. Allí se había reunido una buena compañía de olmos, robles pequeños y arces. De niño iba allí a buscar uvas silvestres. Era una pasión por todo lo inmaduro: manzanas agrias, granitos verdes de fresa...

—Deténgase un minuto —le pidió el mismo ser invisible—. Ahora me meteré en el cuerpo.

Por fin Ray notó que a unos diez pasos de él el aire oscilaba y fluía de una manera extraña, como si allí, ante sus ojos, naciera un espejismo.

Al instante se oyó un estallido sordo, y en la orilla apareció un desconocido alto, vestido en algo negro y largo que parecía un capote. Olió fuertemente a ozono.

—¿No le aprieta?— preguntó compasivamente Bradbury, y sonrió—. Me refiero al cuerpo.

—Disculpe, maestro. Me he expresado mal. Pero de veras el cuerpo es mío— el desconocido dio un paso en dirección del escritor y exclamó con júbilo, estirando las manos hacia el cielo —: ¡Ahora veo cómo es usted!

"¿Qué es eso? —pensó Bradbury—. ¿Un monje aficionado a la ciencia ficción? O. . . O quizá me sienta extenuado simplemente. En septiembre trabajé mucho y bien. Y octubre también ha sido provechoso: ¿Será posible que mi imaginación se me haya desatado hasta tal punto?"

—Cálmese, maestro— el desconocido se detuvo—. Usted no está enfermo. Soy tan real como usted. Perdóneme este atrevimiento; no me incumbe a mí enseñarle cómo tratar el Milagro. En cuanto al vestido, es un capote de protección. Aquí hay un alto nivel de radiactividad. En mi casa me espera una minuciosa desactivación.

Bradbury se logró dominar.

—Pero ¿de dónde viene usted? —preguntó examinando fijamente al desconocido.

—De muy lejos —respondió éste—. Del año dos mil seiscientos once. Soy presidente de la Asociación de Aficionados de Bradbury. He venido a buscarle, maestro. Y debo advertirle que tenemos muy poco tiempo.

—¡Me siento halagado! —sonrió Ray Douglas—. ¿Encuentros con lectores? ¿Conferencias? Estoy listo —se asombró y meneó la cabeza—. Dos mil seiscientos once... ¿Es posible que me conozcan?

El presidente sonrió a su vez.

—Le están esperando en todos los Mundos Habitados —explicó él, y su rostro pálido apenas se sonrosó—. Es una gran suerte que podamos salvarle. Vamos, Douglas, usted vivirá todavía unos ochenta o noventa años, como mínimo, y escribirá una gran cantidad de magníficos libros. Sólo nuestro mundo puede alimentar de veras su imaginación infernal. Usted podrá jugar con los Soles como si fueran patatas cocidas.

—¿Qué dice?— preguntó con voz ahogada el escritor—. ¿Irme? ¿Para siempre? ¿Ahora? ¿En pleno día y estando yo en mi sano juicio?

—Usted ya no es joven— dijo suavemente el mensajero del futuro—. Ha criado a sus hijos, ha logrado el apogeo de la gloria. Aquí usted nada debe a nadie. Si no le importa que le esperen cientos de miles de millones de mis compatriotas, piense una vez en sí mismo. Vamos, Douglas. Nos quedan veintidós minutos.

La mañana dominical que para el afamado escritor había comenzado con una lamentable riña telefónica, de repente resplandeció para él con todos sus colores suntuosos, y su

pensamiento desconcertado evocó inmediatamente el hogar:

"¿Cómo es posible? Margarete, mis hijas, mis nietos... Marcharme significa perderme. Sin dejar rastro. Significa desaparecer, huir, desertar. Por otra parte, es tremendamente interesante. Pues lo que me ha ocurrido ahora, es un *verdadero milagro*. Es un desafío a mi *pasión*, a mi arte y mi talento. Ellos necesitan un *mago*. ¿Tendré derecho a rechazar el desafío? ¿Y qué pasará si lo acepto? Es que yo no soy sino una forma que el mundo ha llenado bien que mal. *Que ya ha llenado*.

—¿A qué se debe tanta prisa?— preguntó con disgusto —. De todos modos tendría que despedirme de mis familiares.

Douglas se desconcertó en serio. En su cabeza reinaba una gran confusión.

—¡Imposible!— el presidente de la Asociación de Aficionados de Bradbury hizo un gesto con las manos y su rostro esbozó una auténtica lástima —. Nos quedan veinte minutos.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—El tiempo resultó ser una cosa más complicada de lo que suponemos, maestro. Un cúmulo de nexos de causa y efecto, atolladeros históricos... Existen siglos que en general están vedados. Allí hay encajes tan finos que incluso tenemos miedo de tocarlos. Créame, si hubiera tal posibilidad, habríamos salvado todos los grandes cerebros de todos los siglos y pueblos. Lamentablemente, esto es imposible, salvo raras excepciones.

—Y yo soy justamente una excepción — concluyó sombríamente Ray Douglas.

—Sí. Y estamos muy contentos. Pero el túnel del tiempo es uno solo y puede prolongarse no más de treinta y siete minutos.

—¿A quiénes han salvado ya?

—Entre los hombres que le son afines por el espíritu, a Thomas Wolfe— respondió el presidente de la Asociación y respiró—. No obstante, fracasamos. El regresó. Eso se debió a la imperfección de los aparatos.. .

—¿Thomas?— exclamó Ray—. Es un genio. Qué ganas tendría de verlo. Oh, sí, he olvidado... El escritor se emocionó y tomó al forastero de la mano.

—Ahora entiendo— murmuró sonriéndose—. Lo entiendo todo. La última carta de Wolfe, enviada desde el hospital de Seattle, un mes antes de su muerte. ¿Cómo decía? Si eso... "He hecho un largo viaje, he visitado un país maravilloso y he visto muy de cerca al hombre negro (o sea a usted).. . Me siento como si por una ancha ventana hubiera visto la vida, a la que jamás había conocido antes. .." ¡Pobre Tom! Seguramente le gustó allí.

—¡Maestro!— suplicó el hombre de capote negro—. No estamos para bromas. Decídase por fin. Faltan cuatro minutos.

—No, qué va— Bradbury se inclinó y cogió su bicicleta por el manillar. Sonrió con astucia—. Si yo pudiera despedirme, pero así. . . Secretamente.. . ¡Por nada del mundo!

—Le queremos—dijo el hombre de rostro pálido y se dirigió a donde el aire oscilaba y fluía —. Lo lamentaré, Douglas.

—¡Espere! —le gritó el escritor—. Realmente, el hombre es débil. Yo no quiero lamentarlo. Anestésie mi memoria, usted sabrá hacerlo. Neutralice por lo menos la sensación de la realidad de los acontecimientos.

—Adiós, maestro— el forastero rozó con su mano caliente la frente de Ray Douglas y se desvaneció.

El escritor tocó el claxon de la bicicleta. Los sonidos plateados se derramaron como gotas de mercurio por entre la hierba marchita y escasa. Bradbury se estremeció y miró a su alrededor:

"¿Qué me ha pasado? Fue algo como un desfallecimiento. Y la cabeza me duele. Hoy he pensado mucho en Wolfe. Y, al parecer, he estado hablando con alguien. ¿O sólo es una figuración mía? En la orilla no hay ni un alma. Pero aquí están las huellas..."

En la arena húmeda se veían claramente dos líneas de huellas.

"Bueno, no es lo fundamental —pensó el escritor—. Pero el argumento sobre Wolfe es bueno. . . Lo llevan al futuro una hora antes de su muerte. . . Y allí le dan cien, no, doscientos años más de vida. ¡Escribe y canta! Pero esto es increíble, demasiado generoso, él se hundirá en el océano del tiempo. ¡Abreviar! Hasta el límite, más y más. . . ¡ Un mes! O dos como máximo. Le alcanzaron para todo. El viaja a Marte. Y escribe, dicta su mejor libro. Y luego vuelve a Baltimore, al hospital, a la tumba... Pero ¿ a qué atribuir su retorno: a la necesidad o al deseo? Yo escribiré un cuento. Podría titularse *Carta misteriosa* o *El año del cohete*... O también así: *Sobre las peregrinaciones eternas y sobre la Tierra*.

FIN

Publicado en: Literatura Soviética, 1982;
Numero Especial de Ciencia Ficción; ISSN-0202-1897
Titulo en español: "Huellas sobre la arena húmeda"
Traducción: Borís Levitin
Digitalización para Velero 25: Quinx

Una época singular

Entre todos los escritores de ciencia-ficción él fue el primero en inventar algo tan formidable: escribir sobre quienes quería y de los que aprendía. Así surgió un ciclo de cuentos de Ray Bradbury sobre Julio Verne, Hemingway y Thomas Wolfe.

Y yo he escrito un cuento sobre Ray Bradbury, noble hechicero, mago de la palabra, hombre a quien los periodistas llaman la "conciencia de Norteamérica". Después de la primera publicación en ruso de *Huellas sobre la arena húmeda*, en la revista *Iskátel*, el gran escritor de ciencia-ficción me remitió una tarjeta postal agradeciéndome por el cuento. Más tarde, en ocasión de su 60 aniversario, *Literatura Soviética* publicó la traducción de mi cuento al inglés. Y he aquí la carta que he recibido desde Los Angeles. . .

11 de octubre de 1980

Querido Leonid Panásenko:

Sirva esta breve misiva para acusar recibo de su carta y del paquete postal con varias revistas que he encontrado a mi regreso de un viaje que había realizado por espacio de nueve semanas a Londres y París. Le agradezco la amistad que me profesa a tanta distancia y valoro altamente el magnífico cuento, escrito por usted con motivo de mi 60 aniversario, que me ha enviado. ¡ Maravilloso!

¡Estupendo!, Le deseo éxitos durante todos los años de su vida, amor y trabajo. Desearía tanto que nuestros países pudieran tener una amistad como la que tenemos usted y yo, ¿de acuerdo? Dos manos estrechadas en un sincero saludo, dos manos unidas en el amor recíproco al Universo en su Época Singular.

Deseándole el mejor éxito en todo lo que usted se proponga hacer

Ray Bradbury

Por supuesto que la carta es muy personal, pero en las palabras finales de Ray Douglas y en su referencia a la "Época Singular", veo con claridad lo que inquieta hoy en día a todos los hombres honestos de la Tierra: la reflexión sobre nuestro porvenir, el rechazo a toda manifestación del militarismo y el hegemonismo. También me preocupa una cuestión: ¿cómo será el mundo que he de dejar a mi hijo? Y ya que nuestras preocupaciones coinciden, quiere decir que nuestro entendimiento mutuo ha aumentado en una gota. Y también el clima se hizo más cálido; aunque sea en una milésima de grado, pero más cálido.

Hace unos días envié a Estados Unidos mi nuevo libro de ciencia- ficción, *Jardineros del Sol*, que incluye el cuento arriba mencionado. Que éste sea testimonio de que en la Unión Soviética queremos a los maestros honrados de la pluma y de que confiamos en la reciprocidad.

¡Estrecho tu mano a través del océano,
querido amigo y maestro!

Leonid Panásenko